

de que nuestra civilización no se debe toda ella al elemento de raza? Compárense las virtudes del Germano con el ideal cristiano, tal cual se ha realizado, aunque imperfectamente, en nuestras costumbres. Los Germanos tenían por móvil el egoísmo, y por fin la satisfacción de los gozos materiales. El cristianismo recomienda el desinterés y la abnegación, se dirige á los sentimientos más nobles de la naturaleza humana (1). La crueldad del Bárbaro ha cedido á la dulzura de Cristo, el furor de la venganza á la justicia, el ardor de las pasiones y el instinto de la astucia al orden y á la moralidad.

Tales son los beneficios del cristianismo. La influencia de la religión se deja sentir ya desde el primer período de la Edad Media, época de confusión y de disolución. Los monjes roturan la Europa; la cultura intelectual y moral acompaña á la cultura material. La Iglesia es el lazo que une la civilización antigua y el mundo moderno. Las costumbres se trasforman; la corrupción y la brutalidad son muchas veces combatidas con éxito por la pureza y la humanidad cristiana. No queremos idealizar el pasado. Es verdad que el catolicismo toma un carácter demasiado externo y que la moral padece con ello. Es verdad también que la religión cristiana ejerce poca influencia sobre el orden político; fáltale el sentimiento y la necesidad de la libertad. Pero humaniza las costumbres con el ejemplo de su caridad, endulza los males que no puede curar. Aun teniendo en cuenta los vicios inherentes á la doctrina cristiana, y los vicios que han desarrollado las circunstancias, el catolicismo ocupa un bello lugar en la historia de la humanidad; es el principio civilizador de los tiempos modernos.

§ II.— Cultura material é intelectual.— Los monjes.

El cristianismo introdujo á los Bárbaros en la civilización. La Germania y el Norte de la Europa deben su cultura material é

(1) SAN BONIFACIO, en sus sermones, predica constantemente la caridad, el amor al prójimo y la humildad (MARTENE, *Amplissima collectio*, t. IX, p. 192, 197, 201, 202, 204, 203, 191, 194).

intelectual á los misioneros y á los monjes. Filósofos y protestantes hacen esta justicia á la Iglesia: « Los monjes, dice Herder, son los bienhechores de la Europa; sus pacíficas ermitas en medio de los pueblos bárbaros fueron escuelas de perfeccionamiento moral, y la campana de sus celdas resonó como una señal de esperanza á través de aquellos siglos tempestuosos. » « Los monjes, añade un historiador protestante, han sido más que los bienhechores de su siglo; la humanidad entera se aprovecha de sus trabajos. El cultivo de los desiertos, el desmonte de los bosques, el desecamiento de los pantanos son el menor de sus beneficios, su vida era una existencia de desinterés y de sacrificios; por este medio influyeron en las poblaciones bárbaras » (1).

¿Cuál era el estado de la Germania antes de su conversión? El suelo estaba ocupado en gran parte por bosques y pantanos, y la condición de las poblaciones correspondía á la naturaleza de la tierra. Los Germanos eran principalmente cazadores y pastores; temían, fijándose en el suelo, perder sus costumbres guerreras; viviendo en sus barracas esparcidas é informes, cubriéndose con pieles de animales muertos en la caza, eran tan salvajes como el país que habitaban. Los monjes empezaron por trasformar la tierra. Las selvas se aclararon, los pantanos disminuyeron; la agricultura reemplazó á los pastos; al rededor de las celdas de los solitarios se elevaron aldeas y ciudades (2).

Las ciudades son un gran elemento de progreso, pero no bastan para civilizar un país. No se ha elogiado bastante la influencia que la Iglesia ejerció sobre las campiñas. La cultura romana se concentraba en las ciudades; las artes y el lujo de algunas ciudades no impidieron á las Galias el estar cubiertas todavía en gran parte de selvas y pantanos como la Germania. Los monjes fueron los primeros que se atrevieron á penetrar en los desiertos de los Vosgos y de las Ardenas. Las rocas cuya forma pintoresca admiramos hoy, aterrorizaron á los solitarios que entraron por los profundos valles de los Vosgos; hubiéraselas creído fortalezas elevadas sobre la cima de las montañas; los bosques de abetos que la

(1) HERDER, *Ideen*, XVIII, 3.—PLANK, II, 581.

(2) MIGNET, *La Germania en el siglo VIII*.

cubrian aumentaban con su tinta negra el aspecto horrible de aquellos lugares. Se andaba por los bosques cuatro días seguidos sin encontrar un sér humano; los habitantes del país evitaban los Vosgos como un laberinto: eran la mansión de las fieras (1). Los monjes penetraron allí con grandes dificultades; tan pronto tenían que arrastrarse como serpientes á través de las malezas, como escalar las rocas (2). El mismo aspecto salvaje presentaban las Ardenas.

La civilización se extendió por los más extraviados extremos de la Europa, gracias á los solitarios; iban en busca de los sitios más aislados, más salvajes. Léase en las vidas de los santos la descripción de los lugares en donde se construyeron las abadías; barrancos, matorrales, pantanos propios más bien para mansión de las fieras que de los hombres. Los nombres mismos de los monasterios indican que los lugares en que se fundaron eran el punto de reunión de las fieras (3). Era preciso tener gran confianza en el apoyo celestial para atreverse á afrontar el horror de aquellas guaridas (4); fué necesario además un trabajo hercúleo para desecar y desmontar el suelo. Tales eran las concesiones hechas á los monjes (5). Hoy los restos de los monasterios tienen para nosotros el atractivo de la soledad, el encanto de la naturaleza y del arte; no envidiamos á los monjes aquellos deliciosos retiros; no siempre han sido el asilo de la pereza. Los fundadores de las abadías fueron para la Europa lo que los cazadores americanos son para el Nuevo Mundo; pero los cazadores van animados al trabajo por el espíritu del lucro, al paso que los monjes trabajaban por

(1) Traducimos literalmente de la *Vita Sancti Gundelberti*, núm. 3 (BOUQUET, t. III, p. 583).

(2) *Vita S. Deodati*, núm. 9, en BOUQUET, III, 585.

(3) Tal es el monasterio de *Stavelot*. NOTGERUS, en la vida de *San Remaclus*, dice (c. 13, BOUQUET, III, 546): «*Quod ferè eo undique eeu ad stabulum vel pastus causa confuerent, antiquitus ille locus Stabulum dictus fuit, quod nomen vir sanctus (Remaclus) minime sensit immutandum, sed et dici et esse voluit stabulum fidelium animarum, eo tanquam ad æternæ vitæ pascua deinceps prosperaturarum.*»

(4) «*Superno auxilio roboratus, horribiles squalores loci expetiit*» (BOUQUET, III, 577).

(5) Lo que decimos de las Galias es igualmente verdad respecto de la Italia (MURATORI, *Antiq.* II, 163).

la salvación de su alma, y el fruto de su trabajo aprovechaba á los pobres.

La roturación continuó durante toda la Edad Media. Gracias á las sábias publicaciones de los *Polípticos* y de los *Cartularios*, podemos seguir los modestos y útiles trabajos de los abades de los siglos IX y X. El abad de San German, Irminon, plantó noventa y cuatro yugadas y media de viñas; desmontó un terreno en el que se podían sembrar sesenta moyos de trigo, puso en cultivo una isla de seis *bonniers* (1) de extensión, hizo plantar dos arboledas, una de doce *bonniers*, la otra de siete (2). ¿A quién debe la humanidad estos beneficios? A San Benito, el organizador del monaquismo occidental. Los monjes de Oriente se extraviaron en los excesos del espiritualismo cristiano; San Benito les dió por misión el cultivar la tierra. Citemos la regla que ha transformado á la Europa: «La ociosidad es enemiga del alma; los hermanos deben estar ocupados, á ciertas horas, en trabajos manuales; á ciertas otras, en lecturas santas» (3). Después de haber organizado las horas de trabajo, añade San Benito: «Si la pobreza del sitio, la necesidad ó la recolección de los frutos ocupan constantemente á los hermanos, no se aflijan por ello, pues son verdaderamente monjes, si viven del trabajo de sus manos; como lo hacían nuestros padres y los Apóstoles.»

La roturación del suelo era el principio de la cultura intelectual. Se ha atribuido á la Iglesia la barbárie de la Edad Media; un escritor protestante responderá por nosotros (4): «¿Qué hubiera sido de la Europa después de la invasión de los Bárbaros, si los restos de la civilización antigua no hubiesen hallado un asilo en los monasterios? Los historiadores comparan las inmigraciones de los pueblos del Norte á un diluvio; la Iglesia es el arca que sobrenada, en medio de la tempestad y de las tinieblas, sobre el abismo que devora todo cuanto había producido la antigüedad en punto á ciencia y á arte; cultivó este pequeño gérmen, y el fruto ha sido la civilización moderna, más rica, más extensa que la de los anti-

(1) Medida agraria equivalente á una hectárea y cuarenta áreas.—(N. del T.)

(2) GUERARD, *Políptico del abate Irminon*, t. I, p. 13.

(3) *Regula S. Benedicti*, c. 38.

(4) MACAULAY, *History of England*, c. 1.

guos.» El cristianismo es el lazo intelectual entre dos mundos, un puente sobre el abismo.

El cristianismo dictó á Carlo-Magno su bella carta sobre las escuelas: citémosla; es la gloria más pura de aquel grande hombre, es un título de la Iglesia al reconocimiento de la humanidad. El rey de los Francos escribe al abad de Fulda: «Ha parecido útil para nosotros y para nuestros fieles que en los obispados y en los monasterios confiados á nuestra direccion no se entreguen solamente á la vida religiosa, sino que se apliquen á la ciencia de las letras, instruyéndose cada cual segun su capacidad, á fin de que los que deseen agrandar á Dios viviendo bien, no abandonen el agrandarle hablando bien. Porque, aunque vale más obrar bien que saber, sin embargo, es menester saber ántes de obrar. Cada cual debe, pues, conocer lo que quiere ejecutar, á fin de que el alma comprenda mejor lo que debe obrar. En varios escritos que nos han sido remitidos de diversos monasterios en estos últimos años, hemos hallado un pensamiento bueno, pero un lenguaje inculto. Esto nos ha hecho temer que la poca habilidad en la manera de escribir conduzca á poca sagacidad en la inteligencia de las Sagradas Escrituras. Ahora bien, todos sabemos que si los errores de palabras son peligrosos, lo son mucho más los errores de concepto. Deseamos, pues, que seais, como deben serlo los soldados de la Iglesia, devotos interiormente, castos en la vida, clásicos en el lenguaje» (1).

Los conventos fueron especies de fortalezas donde se puso en salvo la civilizacion (2); eran establecimientos juntamente agrícolas, industriales y literarios. Habia cerca de cada monasterio una escuela externa y pública en donde se admitian los niños de fuera; se les enseñaban los principios de la religion, la oracion dominical, los salmos, el canto y la gramática. Habia, ademas, escuelas internas, reservadas á los monjes, donde se enseñaban las ciencias sagradas y seculares, es decir, las siete artes liberales y la teología, que se componia del conocimiento de los dos Testamentos, de los Padres y de los cánones (3).

(1) *Constit. de scholis*, a. 728 (BALUZE, I, 201). traduccion de MIGNET.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.

(3) MIGNET, segun MABILLON, *Acta Sanctor. sæcul. III, pars I, Pref.*, p. 15 y sig.

Los monasterios nos han transmitido los libros y las lenguas de la antigüedad; sin ellos se hubiese roto la cadena que liga el pasado con el presente. Habia en los conventos monjes encargados de transcribir los libros, otros los coleccionaban, les añadian pinturas y adornos de oro, encuadernándolos con esmero y algunas veces con magnificencia (1). Los monasterios han suministrado á la ciencia casi todos los manuscritos de la literatura antigua que poseemos (2). Rindamos tributo al hombre que fué el primero en concebir la idea de emplear los ocios de los religiosos en multiplicar las copias de las obras maestras sagradas y profanas, sin las que no existiria nuestra civilizacion. *Casiodoro* (3) dice en las instrucciones que da á sus monjes: «Por medio de esta ocupacion se cultiva saludablemente el espíritu. Es un medio completamente apropiado para extender muy léjos los preceptos del Señor. Feliz ejercicio, feliz trabajo, en que se encuentra el secreto de predicar con la mano, de hablar con los dedos, de procurar á los hombres la salvacion con la tinta y la pluma contra las fraudulentas asechanzas del demonio.»

Hemos hecho justicia á los beneficios del monaquismo occidental. No es este el lugar de apreciar esta institucion bajo el punto de vista religioso; ya volveremos á él en la serie de nuestros Estudios. Las órdenes monásticas han tenido el singular destino de que los historiadores y los filósofos las aplauden por los servicios prestados á la agricultura y á las ciencias, al paso que los fundadores del monaquismo no veian en aquellas ocupaciones más que un medio de evitar la ociosidad. En cuanto al desenvolvimiento de la inteligencia, les era profundamente antipático. El fin que se proponian era un espiritualismo que puede calificarse de insensato, porque rompía los lazos del cuerpo y del alma, destruía el cuerpo y rebajaba la inteligencia. Este espiritualismo excesivo era

(1) MIGNET, segun las *Antiquitates Fuldenses*, c. 11.

(2) *Historia literaria de la Francia*, por los RELIGIOSOS BENEDICTINOS, t. III, p. 31.

(3) CASSIODORO, *de Institutione divinarum litterarum*, c. 30.—CASSIODORO es el primero que prescribió á los monjes los trabajos literarios. En la primitiva regla de *San Benito* se trata de lecturas, pero no de copia de manuscritos (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, p. 686, § 117).